

[Publicado previamente en: *Archivo Español de Arqueología* 40, n.º 115-116, 1967, 99-103. Versión digital por cortesía del editor (*Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid*) y de los herederos del autor, con la paginación original].

© Antonio Blanco Freijeiro

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

El pasarriendas romano de Morón

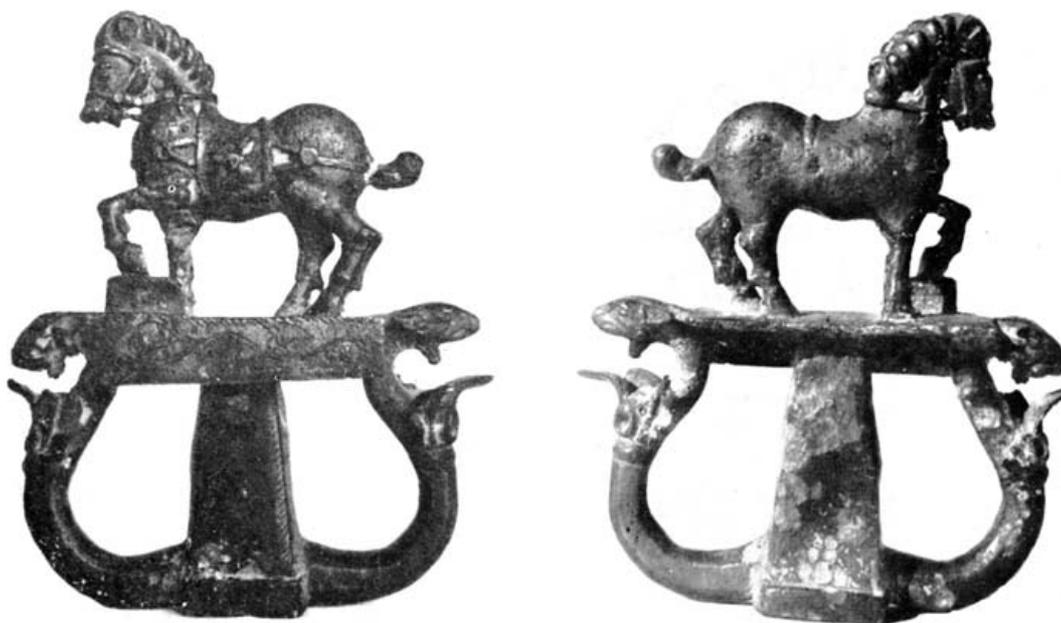
Antonio Blanco Freijeiro

[-99→]

El 28 de noviembre de 1986, una alumna de la Facultad de Letras de Sevilla trajo al Seminario de Arqueología de la misma, para su examen y estudio, el pasarriendas de que aquí damos noticia (figs. 1-5). Lo único que sobre el hallazgo de esta pieza pudimos averiguar fue que había aparecido en una finca del término de Morón de la Frontera (Sevilla), sin que su portadora pudiera decirnos la fecha ni las circunstancias en que el hallazgo se había verificado. Una vez catalogada y fotografiada, la pieza fue devuelta a su portadora.

De tipo bien conocido y representado en España por varios ejemplares ¹, llaman la atención en éste dos cosas: su calidad, superior a la de sus congéneres, aun sin rebasar la tónica de las artes industriales, y la admirable conservación de un dorado que las restantes piezas de su grupo han perdido por completo. Las características de este pasarriendas son las siguientes: altura total, 17,3 cm.; el caballo sólo, 8,8; anchura máxima (en los extremos de las hojas de las anillas basales), 14,6. Bronce pleno, salvo el pedestal, que es hueco. Dorado el caballo, la peana y puntos de la cara posterior del pedestal; lo

[-99→100-]



Figs. 1 y 2.- Pasarriendas de bronce de Morón de la Frontera (Sevilla). Anverso y reverso. (Col. particular).

¹ A. Fernández de Avilés, *AEspA*, XXXI, 1958, 3 y siguientes.

[-100→101-]



Figs. 3 a 5.- Tres aspectos del pasariendas de Morón de la Frontera.

[-101→102-] demás está cubierto de una pátina parda oscura, como de cuero usado, y salpicado de manchas de cardenillo que llegan a cubrir a medias el dorso del pedestal y la cara inferior de la peana. Hay una grieta en lo alto del brazo derecho del caballo; la parte exenta de la brida del mismo lado está muy desgastada. Falta el ángulo inferior derecho del frontal de la peana y hay un boquete en lo alto del pedestal que aquélla cubre. Las hojas de las anillas están algo deformadas y algunas tienen la punta rota; una de

ellas se ha perdido casi toda. Asimismo una de las cabezas de pantera se encuentra desplazada hacia abajo y ligeramente deformada.

Para la descripción de la pieza consideramos por separado los cuatro elementos que la integran: *a)* el caballo; *b)* la peana o plancha en que descansa; *c)* el pedestal; *d)* las anillas laterales del mismo.

El caballo es de tipo pesado, como el usado por la caballería romana. El animal marcha al paso o, quizá mejor, al trote corto, braceando. El brazo izquierdo, que tiene levantado, está reforzado por una planchuela rectangular, a modo de cartela, en la que se apoya el casco. El pelo cae a ambos lados del cuello en mechones iguales y cortos y también lo hace sobre la frente. La brida rodea el cuello y tiene un nudo a cada lado de éste. La silla, con bordura, ostenta una flor de cuatro pétalos, de relieve marcado; un petral y una baticola mantienen la silla en posición. Todos estos arreos se omiten en la cara dorsal, o secundaria, de la figura. La cola del caballo se encuentra doblada y sujeta por una cinta de la que sobresalen a ambos lados los cabos.



Fig. 6.- Fragmento de un adorno de mesa, de mármol. Siglo II. Sevilla. Facultad de Letras.

La peana es una plancha lisa que se dobla en su parte delantera formando un frontal, decorado por un tallo sinuoso provisto de tres hojas acorazonadas, todo ello grabado a punta de buril, a excepción de una de las hojas, que está representada por medio de puntos. Además, el frontal está decorado arriba y abajo por incisiones oblicuas y una línea de puntos sobre la del borde inferior.

El pedestal tiene la acostumbrada forma de tronco de pirámide, hueco, con un zócalo resaltado. Por debajo y a los dos lados de éste hay sendas muescas que se prolongan como depresiones de forma un tanto desigual por los arranques de las anillas, como se indica en la parte inferior del esquema de la figura 7. La cara principal del pedestal muestra en su centro, de abajo a arriba, una sencilla decoración, consistente en una línea ondulada con puntos en los senos; a los lados, pero sin pasar a las caras adyacentes, series de incisiones oblicuas.

Las anillas laterales constan de dos cañas: la inferior, facetada, de sección hexagonal, parte del zócalo y termina en una moldura convexa; la segunda, tiene sección circular y está rematada por una cabeza de pantera con las fauces abiertas y las orejas gachas. Sobre la moldura de separación de las dos mitades de cada anilla, como en los segmentos de una caña natural, hay tres hojas lanceoladas con las puntas vueltas hacia afuera.

La pieza y todos sus elementos tienen una clara filiación en el grupo de pasarriendas con caballo en la cima, formado por Fernández de Avilés (*Op. cit.* en nota 1) y constituido hasta ahora por tres ejemplares: uno, de Burguillos del Cerro (Badajoz), y otros dos, de procedencia desconocida. Uno de estos últimos, conservado en el Museo Ar-

queológico Nacional, lleva en el frontal de la peana una inscripción con la palabra VIVA seguida del crismón, lo que acredita su fecha tardía, posterior a Constantino. Con ello se tiene un elemento básico para situar este grupo de pasarriendas en la época del Bajo Imperio.

Consta, sin embargo, que este género de adornos de carro estuvo en boga desde la [-102→103-] iniciación del mismo y que alcanzó su auge en los siglos II y III, en los que la producción industrial de Alejandría inundó el mercado de todas las provincias más civilizadas, uniformando en ellas las modas y los gustos suntuarios. Cuando se compara con sus congéneres hispánicos el pasarriendas de Morón se advierte la mayor pureza de sus elementos clásicos, cosa por demás natural en un hallazgo de la Bética, tanto en la belleza del caballo como en el esmero y corrección con que están modeladas las hojas de las anillas y las cabezas de pantera que las rematan. Se inspiran éstas en los adornos de las patas de mesas de mármol, que eran comunes en el mobiliario de las grandes casas romanas. Damos aquí como ejemplo el fragmento inédito de una de ellas, conservado en la colección de la Facultad de Letras de Sevilla (fig. 6). En cuanto a las hojas lanceoladas, es de señalar su contraste con lo que como residuo de ellas queda en el ejemplar paleocristiano del M.A.N: unos informes y mezquinos botones laterales, cosa que también sucede en el ejemplar de Burguillos del Cerro.

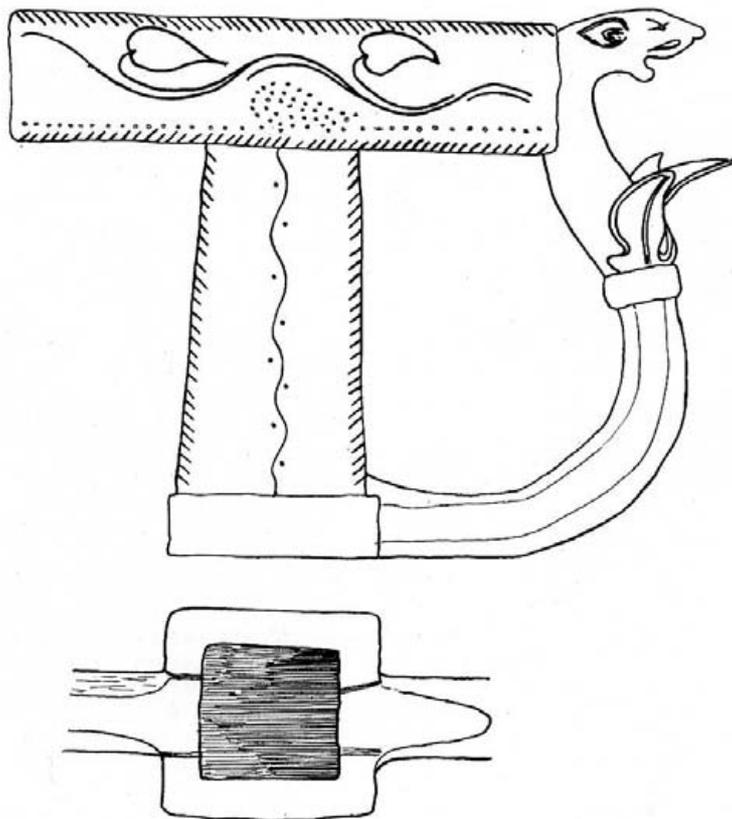


Fig. 7.—Esquema del pedestal y detalle de la base del pasarriendas de Morón.

En consideración al mayor clasicismo de su estilo, creemos que este nuevo ejemplar de pasarriendas debe encabezar la serie de sus congéneres conocidos hasta ahora en Hispania, situándolo cronológicamente en torno al año 200, en la tipología de los caballos antoninianos de la Basa del Giardino della Pigna y en su secuela severiana.